

Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro

DISCURSO DEL SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD (*)

Ing. Rodolfo Martínez

Habéis hecho bien, señores Congresistas, en preferir esta Casa para vuestra sesión de clausura; habéis elegido con acierto el ambiente evocador de estas bóvedas para reunirnos en el acto que cierra transitoriamente vuestros afanes. Iniciásteis las deliberaciones en forma solemne en el sitio en que el arte despliega sus galas, y llega a las almas con emoción y con alegría. Los momentos iniciales siempre son de efusión; en ellos se determinan los programas y se organiza el trabajo, se establece cómo ha de conseguirse la coordinación y la eficiencia. Pero cuando la tarea ha sido cumplida, parece que los espíritus, en una emocionada meditación, se vuelven sobre sí para recapitular las ideas expuestas y las conclusiones aceptadas; entonces parece también que un mayor sentido de responsabilidad se hiciera presente, la conciencia procurara valorar lo que se ha hecho por el país, estableciendo lo que se ha marcado como mejor camino para avanzar en el conocimiento y dignidad de su historia, y la obra personal o colectiva se ve relevarse en presencia de lo que la Nación espera y para tal momento, bien la gravedad del claustro y los siglos que golpean, bien el salón éste de los grados de antaño y de hoy y las piedras que siguen testimoniando el paso de los hombres y de las luces que dejan, bien esta Universidad que sería lugar no superado para razonar de historia, si no fuera

(*) Pronunciado en la sesión de clausura del Congreso, el 16 de octubre de 1941.

ella misma factor y parte, inspiración o fuente de muchas cosas de la historia nuestra.

Al saludaros, pues, en su nombre, y agradeceros el que hayáis dispuesto esta sesión solemne al amparo de sus muros tan llenos de tradición famosa, permítaseme que evoque, en honor vuestro, cada una de las provincias que componen la región del Norte y del Centro, que constituyen la especial dedicación de este Congreso. Y ha de ser la primera en el recuerdo la tierra de Gorriti y Bustamante, el diputado de la Junta y el signatario de la Independencia, Jujuy que tiene la magnífica portada de Humahuaca, famosa en su belleza y en el recuerdo, la provincia del Río del Juramento y de la Bandera, la de los señores castizos de la Colonia, y de la sociedad señorial de la República; la de la fértil tierra de frutales y cañas y la que posee rica la entraña profunda porque sale también de allí fuerza para las máquinas y poder para las alas; la de tradición federal con sus antiguos cabildos y cuyo espíritu pareciera querer alzarse, como avanzada de la Patria, en el límite argentino, materializándose en la serenidad y altura de su Puna.

Y Salta, teatro de la batalla gloriosa, cuna del Güemes guerrero, el héroe, el de los gauchos y del otro Güemes, el de la ciencia, donde nacieran presidentes que merecieron bien de la Patria, y donde nació también para honrarla el talentoso ministro que tenía la austera figura de un hidalgo de blasones y el espíritu democrático y la probidad política de un consular de la República. Salta en la que, para completar el cuadro de sus luces, había de abrir los ojos el poeta nativo, capaz de cantar el sabor regional de las costumbres, los matices variantes de su cielo, las cosas agudas de sus montañas y la amplitud sin reservas de sus llanos.

Santiago, que adentrada en el corazón del país, como señala uno de sus hijos más ilustres, se mantuvo por años en un aislamiento que no fué propicio para su progreso, aunque de allí partieron los fundadores de Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja y Córdoba. Sus bosques de quebracho y de mistol fueron testigos de las peregrinaciones de Francisco Solano, en un esfuerzo de evangelización magnífico y allí floreció el espíritu de María Antonia de la

Paz, como señalado contraste con el de los Ibarra y Taboada, que tuvieron sin disputa la temeraria pujanza de la selva bravía. Santiago, que según las opiniones de los Wagner, fuera sitio de una de las civilizaciones más antiguas del continente.

Y si bien en la época de la epopeya no aportó conductores, pero sí la sangre generosa de sus hijos, en los tiempos más modernos le dió servidores como Alcorta y Gorostiaga, Olachea y Carranza, y en nuestros días, pareciera como si la provincia aspirara a descontarle al tiempo sus atrasos con robustas mentalidades que acentúan su honra; en esta Casa misma se han señalado sus notables esfuerzos, mientras en el país la pluma magnífica de Ricardo Rojas, nacido en Tucumán, pero de auténtica ascendencia santiagueña, da nobleza espiritual a la vieja ciudad de los Aguirres y Velazcos

Y Catamarca, que sueña a la sombra de su Ambato, con su folklore calchaquí, sus tejidos de renombre, sus leyendas de tradición, su mártir de Metán, la Virgen de sus Valles y el Mamerto de sus glorias. Espíritu religioso de pueblos sin rencores como si el alma franciscana del convento civilizador hubiera contagiado de dulzura el ambiente, aún en la época bárbara de las luchas fratricidas.

La Rioja, cuyos llanos se pueblan de sombras y recuerdos en la soledad inmensa apenas interrumpida por los cactus que se empenachan de blanco con flores que triunfan del dolor de sus espinas; tierra que al decir del eminente autor de la tradición nacional "un desierto satura de tristeza y montañas colosales arrullan con rumores somnolientos y coronan de reflejos irisados".

Pero el alma del llano o de la montaña supo dar a la República el idealismo revolucionario de Castro Barros, la sesuda madurez de Dávila y el talento fecundo de González, espíritu este para la ciencia, erudito incomparable y forjador de cosas grandes. Pensador y poeta, estadista y maestro, que todo lo fué en grado eximio el apacible soñador de Samay Huasi.

Y Tucumán, que diera Alberdi el de las Bases, Avellaneda el elocuente y Roca el estadista y el pacificador de la República. Tierra de belleza y de trabajo, cantada por hermosa y por heroica.

Quizá la más bella de todas; por ello plugo al Cielo que naciera allí la Patria; alguna vez lo dije ante la muchedumbre clamorosa: “La historia se agolpa en el recuerdo: fué allá en el lejano Norte, en la Vieja Casa llamada desde entonces de la libertad, conservada hoy entre cristales como si fuera un corazón, en la perfumada aldea del Tucumán famoso. Los diputados de todas las provincias puestos de pie, aclaman a la Nación libre e independiente. El hábito del fraile que propusiera el juramento, estaba nimbado de luz; las manos levantadas llaman el testimonio de Dios; la pequeña sala se torna majestuosa como un templo y la República adviene a la vida de los pueblos libres, saludada por el viento que rompe el silencio de la selva con un himno triunfal y el bosque se engalana con sus flores silvestres, mientras los azahares deshojan su blancura sobre la tierra libertada como una bendición”.

Y cerrando el cuadro, representantes del litoral y de la capital de la República, la ciudad luz, avanzada de nuestro prestigio, motivo de nuestro orgullo, por su pasado de historia y por su presente de ciencia y de progreso. La que siempre fué tan gloriosa que hubo la hermana mayor de separarse del honor de sus blasones para que pudiera ser de todos y convertirse en el corazón y el alma de la Patria

Asambleas como ésta, que me habéis dispensado el honor de clausurar y que persiguen el esclarecimiento o mejor conocimiento de la verdad, no pueden merecer sino el estimulante aplauso de los hombres de estudio y el agradecimiento entusiasta de los pueblos.

Tal este congreso del Norte y Centro del país, que habrá de prolongarse más tarde en el Litoral para terminar luego en un congreso general de la Nación.

La inquietud que tiende a la certeza, está implícita en toda investigación, y en la jornada que hoy termináis, presumo que ha alentado la vuestra, la emoción de las grandes verdades que jalonan nuestra ejecutoria para que la luz bebida en honradas fuentes, alumbré en el presente y lo proyecte hacia el futuro, como segura realización de las virtualidades gestadas en la gravidez fecunda del pasado.

Los hombres solos no constituyen toda la historia, ha escrito

Guizot en el prólogo a su obra inmortal. Las causas fatales y las causas libres, las leyes inmutables de los hechos y los actos espontáneos de la voluntad humana, ésto en conjunto, añade, constituye la historia. Naturalmente que esta idea central nos aproxima al razonamiento filosófico partiendo del hecho cierto que la erudición revela y sin prescindir tampoco del momento en que se vive, pues a veces la situación presente tiene remoto origen y los dolores ajenos sirven para alumbrar la senda y la conciencia propia.

Bien está, pues, volver la mirada hacia atrás para aprender y corregir en estos tiempos de amargo desconsuelo en que la historia del mundo, convertida en drama, es el tortuoso sendero por el que los hombres parecen marchar hacia un destino incomprensible de misterio y de tragedia.

Si es verdad que una preocupación excesiva del momento en que se vive puede deformar en algo la apreciación de los hechos históricos, crítica que se ha hecho a Macaulay, aunque muy pocas han sido, en verdad, las rectificaciones que a su obra se han concretado; en cambio no puede negarse que el sufrimiento propio o ajeno que nos hiere en nuestros ideales, crea una máxima sensibilidad en las conciencias, porque el ánimo así fortalecido y así agudizado el ingenio por el estímulo del instante crítico, adquiere esa posible seguridad de juicio en que piensa Berdiaeff, quien al decir: “que los momentos catastróficos de la historia son especialmente favorables para la formación de una filosofía de la historia, entiendo que esos momentos llegan para el espíritu del hombre cuando éste, luego de haber sobrevivido un régimen histórico determinado y habiendo atravesado el momento de desdoblamiento y desintegración, puede por fin oponer y comparar estos dos momentos, para llegar a un tercer estado espiritual que agudiza particularmente su conciencia comunicándole una capacidad reflexiva extraordinaria y orientando al mismo tiempo su espíritu hacia los enigmas de lo histórico”.

Podría señalarse con justeza que el gran valor que tiene esta disposición de ánimo creada por el sufrimiento, radica fundamentalmente en un principio de sinceridad que germina en el interior del hombre sin venirle de fuera y que florece en la pureza viril

de la intención cuando el dolor abate la sombría hojarasca de las pasiones.

La historia, se ha dicho con acierto, es: “una profunda realidad espiritual, no es un empirismo, no es un saco material de hechos” y así puede explicarse cómo la influencia de sucesos que significan una nueva conquista para el espíritu, que de él proceden y sólo fían en él su prolongación a través de los tiempos y de las cambiantes de los horizontes que el desarrollo de las circunstancias señala, permanecen en generaciones sucesivas, toman un carácter de continuidad, como si tuvieran un secreto para perdurar, algo así como si llevaran en ellos mismos la fuerza misteriosa que impulsa en los seres la perpetuación de la vida.

Pero si bien es verdad que el espíritu del hombre aparece con sus esenciales características, en todas las épocas y siempre se descubre por esto la lucha de la virtud y la verdad como fuerzas creadoras, contra el error que también en todos los tiempos encuentra arraigo en la conciencia humana, si como expresión de una identidad de naturaleza, la felicidad sigue siendo una aspiración de las almas y móvil fecundo de la acción, sin que pueda señalarse que en este camino se haya progresado en el proceso histórico; no puede negarse que circunstancias de métodos de vida, de raza, de religión, de facilidades, dan a las naciones características propias que no permiten generalizar los fenómenos con la excesiva extensión que lo hiciera Buckle, sino que circunscriben el estudio de los sucesos y sus causas remotas o próximas, dando a la historia de cada país un carácter autóctono, sin sustraerse por ello a la influencia de las corrientes espirituales o de los hechos trascendentales que jalonan la historia integral del mundo.

En todo proceso histórico hay un sentido profundo que señala las modalidades y fija los caracteres de los pueblos; por él, se justifican sus actitudes y se explican decadencias, o van señalándose en sus mutaciones sucesivas, la razón de las variantes que se marcan luego en la vida de aquéllos.

Sin inspirar nuestro pensamiento en la concepción spengleriana sobre la evolución cíclica de la historia y de los hechos universales, ni en la intuición de Nietzsche respecto al infinito esla-

bonamiento, retorno y reiteración de los acontecimientos humanos, en un campo más delimitado pero no menos amplio para el espíritu investigador, puede decirse que para descubrir la honda raigambre que determinan los hechos que hablan en los documentos o surgen de los archivos, se torna necesaria esa inocencia que procede de desear la verdad y el bien como términos supremos de toda sabiduría y el patriotismo se vuelve enérgico mandato, por cuanto por ser la historia tradición y vida, pretérito, actualidad y relato, puede determinar el porvenir, pues el sentido de las grandes cosas pasadas pesa en el sentido de las futuras y la exaltación de los sucesos con que aquella enseña y orienta, crea un sistema de valores en la conciencia colectiva que puede definir con relativa permanencia los destinos de una nación.

La correspondencia entre los tiempos creada por la continuidad, cuando proyecta su signo sobre el mañana, hace del advenimiento aurora fúlgida con luminosidades de fé, gloria, esperanza y amor, que señala caminos de seguro progreso y libertad, o lo torna en cambio el amanecer mortecino en que es fácil desviar la marcha por sendas de zozobras o rutas de extravío, según sea la valoración que merezcan en el presente las acciones fundamentales de los hombres que pasaron.

La existencia del hombre tiene la suprema dignidad que procede de su origen y su destino; la excelencia de los pueblos radica en la estabilidad y el vigor de purísimos ideales que le sirvan de norte y de bandera, el éxito de cada nación se gesta en el cumplimiento de aquéllos y de la vocación que la Providencia les señala en el concierto humano. Y es por ello que la historia, imperativo de la estirpe, síntesis del pasado, tiene la función tremenda de bautizar el futuro que la vida va engendrando, mientras el presente transcurre y pasa agotándose en el momento de su duración fugitiva.

Descubrir esos ideales en la polvareda tumultuosa de los hechos, señalarlos a la contemplación y al ejemplo, recoger de lo que cambia aquello que permanece, arrancar a cada instante esa gota de lo eterno que cada instante contiene, exaltar las virtudes que benefician la vida espiritual de las naciones, ser como Tácito severamente justo, como dice Shoell, para castigar los vicios y pre-

varificaciones de los hombres, o tener como Tito Livio, según subraya Menéndez y Pelayo, la única pasión de la grandeza de su pueblo, encontrar la unidad orgánica que enseña la historia de Salustio, dándoles fuerza y vida ya sea con la dialéctica cortante de Tucídides o con la crónica perfecta de Herodoto; amar la verdad por espíritu de justicia y por aspiración superior de la inteligencia, marcar en la ruta los beneficios que apertan los sanos principios que señalan al hombre como forjador de su destino por la libre determinación de su conciencia y el austero cumplimiento de sus deberes, es no sólo hacer la historia de la patria, es seguir haciendo la patria que es obra de todas las generaciones argentinas en la sucesión continuada de los tiempos.

La historia de nuestro país, única e indivisible, como que comprende un proceso en marcha de formación integral de la nacionalidad argentina, no puede enfocarse para su análisis y estudio con un criterio acentuado de locales preferencias. La exteriorización de la parte que cada provincia ha tenido en las glorias comunes y en la organización de la República, no puede exhibirse con aquél sentido, ni destacarse en un campo polémico infecundo.

Las corrientes espirituales que determinaron la forma de estructurarse nuestra vida política y que en épocas pasadas señalaron divergencias que los investigadores tratan de puntualizar buscando el origen y la fuerza que primaba en la construcción del molde definitivo, no pueden ir más allá de la contribución indispensable para una mejor comprensión del proceso histórico.

Este pensamiento preside y orienta las tareas del Instituto de Estudios Americanistas de esta Universidad y en primer término de su destacado presidente, y si los primeros trabajos han debido señalarse como relacionados con Córdoba y su influencia en la vida argentina, esto tiene su explicación lógica más aún que en el amor de hijos, en las reales posibilidades que ha dado el material que aquí se encuentra y que nos permite servir al país en el conocimiento de su pasado fecundo.

Córdoba y su Universidad que es ella misma, aspiran a ser útiles a la cultura superior, desean aportar todo su esfuerzo para consolidar la unidad espiritual de la Nación; así cumplirán sus

hijos del presente el imperioso mandato de su tradición y de su gloria.

Yo os felicito, señor Presidente de la Academia Nacional de la Historia, por la feliz iniciativa de realizar estos congresos que ponen en contacto a un núcleo tan destacado de estudiosos con las distintas regiones del país y en forma que el pueblo de la Nación entera pueda apreciar el resultado de vuestras investigaciones con positivos beneficios para la enseñanza y para la cultura, y a vos, señor Presidente del Congreso, inteligente y eficaz organizador, por el éxito rotundo que habéis logrado.

El mejor y más completo conocimiento de nuestra historia difundida en todos los núcleos de la sociedad argentina, ha de ser la mayor fuerza que ha de defendernos contra el avance de sistemas y teorías que nos vienen de fuera, que no cuentan con antecedentes en nuestro pasado, ni con apoyo en la tradición, ni con simpatía en el pueblo argentino que siempre fué amante de la libertad, como que supo ganarla con su sangre y extenderla por América en la cruzada gloriosa de la epopeya.

No ha de encontrarse en el sereno análisis de nuestro pasado el argumento histórico necesario, ni mucho menos el fundamento jurídico indispensable, para cambiar la estructuración democrática de nuestra organización política.

Podremos mejorar nuestras costumbres y debemos perfeccionar nuestras instituciones, pero tengamos fé que ni nosotros, ni los que nos sucedan en el tiempo, permitan que pueda suprimirse la más alta condición que caracteriza la dignidad del hombre y cuya expresión ha recibido ya en nuestra Patria consagración definitiva al referirse a ella por tres veces en la canción nacional.

Y mirando desde la tranquilidad de nuestra vida el panorama del mundo que se desangra y que se agota y levantando el corazón por encima de nuestras preferencias, acompañemos con simpatía el sufrimiento de todos los pueblos repitiendo las palabras con que terminaba Esquilo una de sus tragedias famosas: “¡Cuándo se calmará, cuándo se adormecerá siquiera el encono de la desgracia!”.
